

SIN CURA

Ezequiel Martinez Wagner

©2023, Ezequiel Martinez Wagner

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor.

Legajo N°: RL-2023-20279675-APN-DNDA#MJ

*Para todos aquellos niños
que dejaron de ser niños
demasiado pronto.*

Prólogo

Unos meses antes de traicionar a una de las personas que más quise en mi vida, habían acusado a mi tío de algo atroz. Era una calumnia tan horrible y absurda, que uno no podía hacer otra cosa que descalificar la denuncia, reírse e intentar seguir adelante.

Pero también fue uno de esos días en los que te replanteas todo, en los que no entiendes qué podía ganar alguien mintiendo de forma tan descarada, en los que te angustiás en nombre de la familia y deseás que ojalá la justicia tuviera la misma pena para el denunciante en caso de que se absolviera al denunciado. E incluso una peor, para que el castigo diera el ejemplo evitando así conductas similares en un futuro.

Porque no podía ser de otra manera. Un tipo que dedicó su vida entera a hacer el bien, que era amado y querido por todos, de la nada tenía que defenderse de algo que nunca existió. Tenía que depender de la habilidad de su abogado para que algo real y cierto permaneciera incuestionable. Y si bien yo trabajaba en un juzgado, tenía clarísimo que mis colegas velaban primero por los intereses de su cliente, y luego por los de la justicia.

Así que sí, fue un día terrible para la familia entera. Pero además, fue uno de esos días en los que todos nos fuimos a dormir y resultó imposible evitar preguntarse: ¿y si era verdad? ¿Y si el tío era un tremendo hijo de puta?

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Un ruido me despertó en el medio de la noche hace más de quince años. Estaba oscuro y la estufa apenas si podía calentar el iglú que era nuestra habitación en ese julio helado. La frazada me aplastaba pesada contra el colchón y me hacía sentir un poquito más seguro. La respiración pesada de Quique resonaba con eco en las paredes antiguas, cuando un grito lejano quebró el silencio.

– Quique – me paré de un salto, sentí el frío flotando en el cuarto y me subí a su cama –. Quique, despertate. Dale, despertate.

Mi compañero de habitación abrió los ojos de par en par, rojos como ketchup, y me miró sin ver.

– ¿Qué pasó? ¿Qué hora es?

Lo cacheteé y vi cómo se le ordenaban las pupilas hasta poder mirarme fijo.

– ¿Escuchaste? Decime que escuchaste el grito, por favor, decime.

Quique negó con la cabeza y recién ahí me di cuenta de que estaba temblando.

– Ari, los fantasmas no existen, son historias que inventan los grandes para asus...

Y otro grito atravesó nuestra puerta. Pero lo que más heló mi sangre no fue lo imposible de lo que estaba pasando, sino lo tétrico del aullido. Era una especie de lamento que se infiltraba por abajo de la puerta, entremezclado con un llanto que se silenciaba de golpe.

Quique se agarró de su frazada y me hizo un lugar al ladito. Los dientes se le chocaban del cagazo.

– Tenemos que ir a ver – le dije con una valentía que seguro saqué de la tele.

– Estás loco.

– Yo no me vuelvo a dormir hasta no saber si el fantasma existe o no.

Quique se quiso cubrir con la frazada, pero puse la mano en el medio y no lo dejé. Se mordió los labios pidiéndome por favor que nos fuéramos a dormir, pero mis dedos agarrados a su frazada seguían firmes sobre la tela. Finalmente se lo pensó unos segundos y, bajando los párpados en cámara lenta, se dio por vencido.

Nos pusimos doble par de medias para no hacer ruido, nos abrigamos un poco y salimos al pasillo del caserón en el que nos iban a tener retenidos durante todo el fin de semana. Era sabido que en la casa de ejercicios espirituales había fantasmas, pero nadie nunca los había visto. Teníamos que ser los primeros, teníamos que deshabitar el mito o ser los únicos con pruebas para confirmarlo.

No quedaba un alma por los altísimos pasillos que daban al cuarto del resto de nuestros compañeros. Sentía gotitas de transpiración fría empaparme la remera contra la espalda, y las medias no tardaron en congelármeme con un par de pisadas. Levantando las orejas podía oírse el mismo lamento que antes, pero ahora no paraba. Era casi como un cuchicheo, pero lleno de sufrimiento y tristeza. Venía del fondo del pasillo, donde estaban las habitaciones vacías que nadie podía usar.

Tragué saliva y sentí a Quique tironearme de la remera.

– Llamemos a un profe, no tenemos que...

– Si nos ven despiertos a esta hora, nos van a amonestar, Quique. Es ahora o nunca.

Y caminé hacia el llanto sin dejar que mi amigo me convenciera de lo contrario. Se escuchaban nuestras respiraciones agitadas rebotar en las paredes, se solapaban con el quejido, lo sentíamos hacer ahogarse en nuestros pechos. El corazón me latía como un lavarropas, no podía ser que nadie más estuviera escuchando lo que pasaba. No podíamos ser los únicos.

Quique lloriqueó un poco atrás mío y me tenté de consolarlo. Pero mis pies andaban solos, siguieron adelante haciendo pan-y-queso, y dejaron todas las habitaciones de nuestros compañeros atrás. Llegamos al fondo del pasillo y me rugió la panza con miedo. Estábamos al lado del fantasma.

Miré la puerta, gigante, pesada, oscura y llena de marcas. En eso, sentí un vientito pasar por debajo de la puerta y enfriarme los pies. Alcé mi mano por inercia, sin tener noción de lo que estaba haciendo, y la apoyé en el picaporte. Todos los pelos de mi brazo se me pararon cuando el metal me rellenó la palma, y estuve a punto de abrir la puerta, pero sentí la mano de Quique apoyarse sobre mi brazo.

– Esa puerta, no, Ari. Esa puerta, no.

Capítulo 2

Me desperté hecho un mar de angustia con el alivio de que el peligro habitaba en mi mente y, fuera cual fuese, ya se estaba esfumando en el olvido. Hice un esfuerzo enorme por aferrarme al recuerdo, pero el mismo se deslizó entre mis dedos enjabonados con la certeza de que volvería a acecharme en la noche siguiente, y la siguiente, y la siguiente.

Saludé a Isa con un beso en el cachete, le dejé hecho café, y me fui a comprarle un regalo a mi prima porque esa noche teníamos su cumpleaños. Oriana era una tipa especial, saliendo de su eterna adolescencia, incapaz de introducirse al mundo adulto, y mimada desde que tengo memoria. Cualquiera diría que eso era un problema, pero la verdad que me hacía las cosas más fáciles. Yo tenía muy claro que no había manera de dar con el regalo indicado, entonces hacía años había tomado la decisión de ni esforzarme. Gastar lo acorde y asegurarme de que pudiese cambiarlo sin quejarse.

Isa me decía que no se merecía que le compráramos nada porque siempre se olvidaba de los regalos para el resto. Según ella, se escudaba en ser la más chica de la familia para hacerse la pelotuda. Yo no podía hacer más que hundirme de hombros y dar el

ejemplo. Que mi prima fuese medio turra no me daba el derecho de hacer las cosas mal a mí también.

Así que entraba al primer local de ropa femenina que me encontraba, elegía parte del conjunto del maniquí de la vidriera, y con eso me daba por hecho.

Volví a casa dando una vuelta larga que necesitaba para despejarme un poco.

– Fumaste – me disparó apenas pasé por la puerta.

Ni un beso, ni un “buen día”, ni un “gracias por el café”. Psicóloga tenía que ser. No me cabía la menor duda de que lo dedujo por el simple hecho de conocerme hasta la médula, ni siquiera por el olor.

– Sí, pero afuera de casa. ¿No habíamos quedado en eso? – le pregunté dejando el regalo sobre la mesa de entrada.

– Quedamos en que quiero que dejes de fumar – se cruzó de brazos.

– Quedamos en que querer algo de otro, a veces es imponer.

– Pedir.

– Exigir.

– Gordo...

– Voy a intentar, te lo prometo. Pero no te enojés cuando tengo una recaída. La bronca me refuerza el hábito.

– Nunca voy a entender que elijas hacer algo que te hace tanto daño.

– No lo elijo – y me fui a pegar una ducha.

Empecé a fumar de pibe y nunca lo pude dejar. Un cigarrillo por día, nada más. Si estaba muy estresado, tal vez medio atado, pero no pasaba muy seguido. El puchito era mi momento, la calma en la vorágine, la detención del tiempo en el medio de quinientas causas judiciales. Y le vivía prometiendo a Isa que lo iba a dejar, pero era más fuerte que yo.

Llegamos medio tarde al cumpleaños de Ori. Llegar temprano implicaba escuchar catorce veces cómo mamá les contaba a todos de los chismes de sus amigas una y otra vez, con el exacto mismo entusiasmo, el

mismo énfasis en determinadas palabras, con la exacta entonación que la anécdota pedía cada vez que la relataba.

Pero llegamos, y no era la viejita la que contaba anécdotas. Era su hermano. Y eso era muchísimo peor.

– Tito, querido – intenté saludarlo con un abrazo y un beso.

– ¿Qué hacés? – Me sacó de encima. – Dame la mano, como un hombre.

Y me estrujó la mano retorciéndome todos los huesos como lo hacía desde que tenía seis años.

– ¿Hace falta? – saqué mi mano y la sacudí para que volviera a irrigarse por dentro.

– Siempre un flancito vos, Ariel – se codeó con Ian, su hijo, que le devolvió la sonrisa más por cortesía que por otra cosa –. Y flancitos estuviste comiendo, ¿no?

Pensé que iba a volver a codearse con mi primo, pero en cambio estiró sus garfios e intentó pellizcarme un rollito que me asomaba por encima del cinturón. Lo saqué de un manotazo fuerte y me mordí los labios conteniendo uno y mil improperios.

– Se enojó el flancito – levantó las manos mostrando su inocencia, pero buscando la mirada cómplice de su hijo.

– Enojarse con vos es perder el tiempo. Pero sos bruto, tío.

– Siempre tan trolo vos – se estalló de la risa, pero nadie le correspondió la gracia –. Suerte que tenés a Isabella, porque a veces me hacés dudar de si no pateás para el otro lado...

Y de nuevo el silencio le hizo eco a su comentario.

– Dejalo en paz, gordo – intervino Carmela, su mujer, pegándole un correctivo cariñoso en la pelada –. Cuando querés, sos medio tarado.

– Bien que cuando necesitás algo, no soy tan tarado.

La tía sacudió sus quinientas pulseras y llevó los ojos al cielo.

– Siempre hablando de la plata vos. Es lo único que podés aportar.

– Plata, dos tetas, una nariz, párpados, botox, lipo...

Tito se comió una cachetada hermosa que le dejó una mano escarlata tatuada en la cara. Estaba casi seguro de que todos en la casa sonreímos. Solo me intrigaba qué haría su mujer cuando se enterara de que le metía los cuernos todos los jueves, llevando una pendeja distinta al mismo restaurante en el que le había propuesto matrimonio.

– ¿Les parece si soplamos las velitas? – intervino mamá para calmar un poco los ánimos.

Oriana soltó el teléfono medio segundo con esa abismal capacidad de detectar cuándo iban a necesitarla. La vi transformar su cara de nada en su cara de culo, y se acercó. Cuando vio que la torta todavía no estaba, volvió a su celular.

– Falta que llegue Germán – dijo Tito y miró su gigantesco reloj de pulsera –, ¿lo esperamos?

– ¿No estaba arriba? – preguntó mamá cambiando notoriamente el tono de voz.

Pero Tito le negó con la cabeza y ella frunció el ceño tironeando un poco del cuello de su camisa.

Germán era su hermano. Era el cura de la familia y siempre bendecía los cumpleaños desde que tenía uso de razón. Nos bautizó a todos los primos, casó a la mitad de nuestros conocidos y fue el tipo más presente de la familia desde que murió papá.

Honestamente, era el único miembro de la familia no solo tolerable, sino querible. Traía regalazos, se acordaba de todas las fechas que a uno pudiesen parecerle importantes, rezaba por todos antes de cada examen, nos dedicaba misas en situaciones adversas y siempre lograba que la paz reinara sobre la mesa. Cuando mamá se peleaba con el tío, él intervenía con una de sus anécdotas que nos hacían estallar de la risa. Si Oriana se mandaba un moco, él la defendía y todo se volvía más ameno.

Que el tío no estuviera era grave porque esa reunión podía seguir empeorando, pero había algo en la cara de mamá que me inquietó más de lo que debía.

La vi yendo para las escaleras tratando de disimular su apuro y yo aproveché para refugiarme un poco en el celular. Si algo podía copiarle a Oriana, esas

eran sus estrategias para huir de los tíos sin necesidad de abandonar el recinto.

Isa estuvo haciendo un poco de sociales con Carmela y Tito no paró de hablarle a mi primo del nuevo wing que había empezado a jugar en primera. Ian lo miraba con ganas de rajarse un tiro. El pobre había dejado el rugby hace unos años, pero su padre no lo pudo superar nunca. Trató de explicarle de una y mil maneras que cuando uno pasaba los veinte, no era tan fácil dedicarse a un deporte de tanto contacto. Pero nunca pudo decirle que, en realidad, odiaba el deporte y que lo jugó por años solo para darle el gusto. Mi primo estaba deprimido, y nadie en su lado de la familia lo sabía.

Cuando me di cuenta, Ian había escapado de las garras de su padre y lo dejó sin nadie que pudiese escucharlo a él y sus hazañas. El único libre era yo, tenía que actuar rápido. Porque si no lo hacía, iba a tener que tolerar las estadísticas de su nuevo auto, la rutina que estaba haciendo en el gimnasio, sus consejos sobre el ayuno intermitente y un sinfín de temas que me importaban poco y nada. Así que opté por llevarme el celular a la oreja, simular que escuchaba un audio de suma importancia, y encaré para las escaleras. Tenía que rastrear a mamá y devolverla abajo. Si la gente seguía escapando de la mesa, no íbamos a soplar las velitas

nunca. Y eso solo implicaba tener que seguir adentro de esa casa un buen rato.

Me fui del living y caí en la cuenta de que mis primos vivían en una especie de mansión camuflada. Desde la calle era una casa más, pero tenía dos pisos con altillo, cinco habitaciones, jardín, pileta, garage y hasta una dependencia. Me llamó la atención que mamá fuese tanto más austera siendo que ambos habían tenido la misma crianza. Tito había amarrocado una buena fortuna en los últimos años. La herencia del abuelo los ayudó a todos, pero el único que no se gastó en ocultarla fue él. La patinaba siempre que podía, le gustaba mostrarla en cada gesto, en cada prenda.

Subí pensando en si habría noticias sobre el paradero de Germán, que era una persona diametralmente opuesta a su hermano. Sin embargo, la planta alta estaba extremadamente silenciosa para que mamá estuviese ahí.

Avancé con pasos sigilosos sin saber muy bien por qué. El piso estaba alfombrado, lo que ayudaba a que mis pasos fuesen apenas audibles. Por un segundo me sentí de nuevo en mi pesadilla recurrente, y temí que un fantasma me despertase otra vez de un sueño dentro de otro sueño. Pero de pronto, escuché una voz casi en susurros provenir del despacho de Tito.

Si esa voz empezaba a convertirse en un lamento, entonces podía darme por muerto. Esta vez no contaba con ningún Quique que me ayudase a arrepentirme, estaba solo, únicamente acompañado por miedos infundados.

Pero así y todo, me acerqué. Tenía que ser mamá, o bien Germán haciendo una de sus entradas medio payasescas. Me aproximé a la puerta tratando de distinguir de quién era la voz, pero no era de ninguno. Era de un hombre. Uno que no quería ser escuchado.

– ¿En serio querés verme? – preguntó Ian del otro lado de la puerta, con un tono meloso y algo afeminado irreconocible – Cuando quieras, bebito lindo. Soy tuya.

Tragué saliva y sentí el sudor en mi frente.

Esa puerta no, Ari. Esa puerta, no.

Capítulo 3

Me alejé de la conversación de mi primo con su chongo y me di cuenta de que estaba temblando. Me daba igual su orientación sexual, lo que me preocupaba era de lo que podía ser capaz su padre si se enterase. De cuántos años más tendría que vivir su sexualidad a escondidas. De...

– ¿Viste a tu mamá? – Me preguntó Tito desde atrás y casi me congeló.

– ¿A mamá? – le pregunté llevándomelo a un costado para que no oyera a Ian al teléfono. – ¿Qué pasa con mamá?

– Si la viste. Te vi subir y pensé que la estabas buscando.

Ladeé la cabeza para un lado y después para el otro.

– Mamá, cierto. No, no la vi. ¿Te fijaste en el jardín?

Y sin contestarme, se fue bajando escalones de a dos. Suspiré y sentí mi corazón desacelerarse dentro de mi pecho. Mi mano bajó instintivamente al bolsillo

izquierdo y palpé el atado de cigarrillos. Isa no estaba cerca, era ahí o nunca. Necesitaba uno.

Me metí al baño, abrí la ventana que daba a la calle, y me prendí el segundo pucho del día. A veces me preguntaba si realmente necesitaba fumármelo entero, porque esa primera pitada solía lograr el efecto deseado. Bastaba con ver la punta incandescente, el humo trepar sinuoso contra la gravedad, el calor en los labios, la seda en la garganta.

Ian tenía los días contados. Si yo me enteré de casualidad y Tito estuvo a nada de hacerlo, entonces la noticia estaba al caer. ¿Carmela lo aceptaría? ¿Lograría que Tito se tomase la situación con calma? Oriana había crecido en otra época, tal vez si se preocupaba un poco más por su familia, podía ayudarlo.

En cierto modo, que Tito fuese semejante cavernícola tenía razón de ser. Era difícil ser permeable a los cambios sociales cuando todos en tu círculo te dictaron lo contrario durante más de sesenta años. Cuando tu Dios creador te lo impuso. ¿Qué palabra podía ser más cierta que esa?

Di otra pitada y me volqué un poco de ceniza sobre la remera. Me la sacudí rápido para que no se hiciera un agujero pero ya era demasiado tarde. Isa se iba

a dar cuenta. Siempre se daba cuenta. Solo que esta vez tenía una excusa. Ella nunca lo admitiría, pero si el cigarrillo la relajase tanto como a mí, se fumaría varios durante las reuniones con mi familia. Y eso que el porro nunca osó entrar en la ecuación.

Pero interrumpiendo mi perorata mental sobre los beneficios fraudulentos del cigarrillo enrevesados con la orientación sexual de mi primo, una nueva voz se alzó desde las profundidades. Y me sorprendió, porque otra vez era alguien que susurraba. Al principio pensé que era Ian, todavía hablando con su chico, cuando me di cuenta de que la conversación venía de la rejilla. Desde el baño de abajo.

Apagué el cigarrillo en el lavatorio, lo tiré por la ventana, y me acerqué al piso tratando de que no se me escuchara ni respirar.

– Oíme una cosa, pelotudo – decía la voz de mi vieja, con un tono autoritario que le desconocía por completo –. Germán no falta a estas reuniones porque sí. Vas a su habitación ahora mismo y te fijás.

Silencio. Estaba hablando por teléfono. Podía escuchar su respiración escalar trémula por las tuberías. Empecé a sentir calor.

– En algún lado está. No puede desaparecer a tan pocos días de... – golpeó una pared con fuerza – ¡Y bueno! Por eso mismo. Tenés que encontrarlo. Tiene que aparecer. Sabés muy bien que... No puedo pedirle a mi hijo que... No me podés pedir eso.

¿Pedirme qué cosa? Súbitamente deseé que mamá hubiera engañado a papá cuando todavía vivía y tuviese extraviado por ahí a otro pibe al que encajarle este pedido tan inocente.

– Bueno – se calmó un poco –. Sí. Bueno. Hago la denuncia. Vos te encargas de que caiga en su juzgado. Va a aparecer, quedate tranquilo. Ariel es excelente, va a aparecer.

Y sin que hiciera falta seguirla escuchando, me cayó la ficha: Germán estaba desaparecido.